

Miradas sobre el arte

Marceliano
Santa María,
pintor de Castilla
y efusivo ejemplo
de eterna
juventud



«Pradoluengo», recia y castiza nota de la mejor calidad de pintura española, saturada de noble sobriedad moderna

Con toda legitimidad se ha concedido a Marceliano Santa María la sala de honor del XIII Salón de Otoño, organizado por la Asociación de Pintores y Escultores, que se celebra actualmente en el Palacete de Exposiciones del Retiro.

El insigne pintor exhibe una serie de paisajes castellanos en torno a uno de los lienzos culminantes de su arte: *El esquilero*. Pintado éste hace treinta y cinco años, en plena juventud del artista, y creados aquéllos ahora, tan inmediatos que algunos muestran, a la par de la frescura noble de la inspiración, la frescura reciente de las pinceladas, encontramos—sin decaimiento ni flaqueza; antes bien, superadas a cada lienzo nuevo las cualidades primigenias—en este conjunto actual, igual condición de ejemplaridad que en toda su obra resplandece.

Más de una vez me he complacido en artículos, libros y conferencias, destacando a Marceliano Santa María entre los mejores temperamentos artísticos de nuestro tiempo.

Esencialmente, íntegramente, pintor; filialmente, entrañablemente, ligado a su tierra natal—Castilla—, a lo largo de la vida dilatada y fecunda del maestro, no se interrumpe ni desdice jamás el doble fervor de paralela rectitud.

Hay hombres privilegiados—he dicho en otra ocasión—que prolongan en sí propios, desde la apostura y simpatía de su aspecto físico hasta el ímpetu seguro de la reciedumbre interior, toda la grandeza de su arte peculiar.

Marceliano Santa María es uno de estos hombres privilegiados, «escultores de su alma», que diría Ganivet.

Tan grato como abstraerse en la sugestión romántica o de un limpio naturalismo, bien alcornado de majestad, de sus cuadros, es dejar que el tiempo se deslice—con esa igual rumorosa paz de ciertos regatos de sus lienzos, que la crítica atribuyó a italiana influencia, siendo, en verdad, caricia nemorosa de sus años infantiles en los sotos y los valles burgaleses—oyéndole hablar o leyendo sus crónicas castizas y sus estudios críticos.

Idéntica sensación de fortaleza, de redentor espiritualismo, causan su pintura, su prosa y su palabra.

Y su hombría también. Porque hoy, cuando parejos y fraternos—cual dos huertos contiguos cuidados por la misma mano y nutridos de la savia misma—, su talento y su gloria han fructificado, con rehenchido y poderoso brío, en esta magnífica serie de paisajes catellanos, le brinca en las viñetas nobles y le ríe entre las canas barbas aquel ímpetu de garzón impaciente, aquella juvenil confianza en todas las cosas que parecen de regusto dulce y acidean luego con áspero sabor de veneno: el renombre, la amistad, la justicia.

Robusto, musculoso, bien plantado, con los hombros anchos de un guerrero de romance castellano, capaz de soportar en ellos la pesadumbre de la cota, erguida sin altivez la testa viril que añora el casco

«Burgos», tema predilecto para la filial fidelidad del gran pintor a su tierra nativa

medieval, es también sencillo, humilde y efusivamente lírico, como un pastor de égloga o un monje, pulida el alma por el contacto cotidiano con la Divinidad.

Este paisaje, «Huronos», es la obra más reciente de Santa María y una de las más bellas afirmaciones de su perenne juventud estética

